

El Espíritu Santo en Hechos 10 en el contexto de las categorías judías de pureza e impureza

Carlos Raúl Sosa Siliézar
(Guatemala)

Resumen:

El artículo explora la actividad del Espíritu Santo en Hechos 10 tomando como trasfondo las categorías judías de pureza e impureza en el siglo I. Indaga en los conceptos de etnicidad, centralidad y antropología de la santidad según el judaísmo. Con esta información como trasfondo, emprende una interpretación de la narrativa de Hechos 10 prestando atención particular a tres personajes: Pedro, Cornelio y el Espíritu Santo. El artículo concluye con algunas implicaciones importantes a nivel eclesiológico y social.

Palabras clave: Hechos 10, Espíritu Santo, santidad y pureza.

Abstract

This article explores the activity of the Holy Ghost in Acts 10, taking as a background of the Jewish categories of pureness and impureness in the First Century. It looks into the concepts of ethnicity, centrality and anthropology of holiness according to Judaism. With this information as background, it sets out an interpretation of the wording of Acts 10, paying particular attention to three characters: Peter, Cornelius and the Holy Spirit. The article concludes with some important implications as far as ecclesiological and social level is concerned.

Key words: Acts 10, The Holy Spirit, holiness and pureness.

Introducción

La crítica sociológica ha puesto en las manos de los estudiosos bíblicos una herramienta valiosa para entender mejor las Escrituras. Esta crítica considera que todo conocimiento está condicionado socialmente y, por lo tanto, se debe hacer un esfuerzo por comprender las estructuras sociales de las culturas antiguas para poder interpretar de mejor manera los textos de antaño.¹ Haciendo uso de esta herramienta, el presente trabajo explora la actividad del Espíritu Santo en Hechos 10.

Judaísmo del primer siglo y el aspecto étnico de la pureza

El judaísmo que surgió en la época del segundo templo constituye el trasfondo del judaísmo típico durante la época de Jesús y los primeros creyentes. Comprender las nociones de pureza e impureza de este judaísmo nos ayudará a entender de mejor manera la controversia entre judíos y gentiles cristianos.

El judaísmo del primer siglo consideraba que la pureza estaba estrechamente ligada con el origen étnico. “Sólo los israelitas de origen legítimo formaban el auténtico Israel; se excluía de ese auténtico núcleo... a todas las familias en cuyo origen se podía constatar una mancha”.² En aquel tiempo se pensaba que al fin de los tiempos las

¹ Sánchez Cetina, Edesio, *¿Qué es la Biblia? Respuestas desde las ciencias bíblicas*, Buenos Aires, Ediciones Kairós, 2003, pág. 40.

² Jeremias, Joachim, *Jerusalén en tiempos de Jesús: Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, trad. J. Luis Ballines, 4a. ed., Madrid, Ediciones Cristiandad, 2000, pág. 348.

promesas de Dios valían para el núcleo puro del pueblo de Israel. Los gentiles prosélitos tenían ciertas bendiciones divinas por estar cerca del pueblo de Dios, pero nunca eran considerados parte oficial del pueblo elegido.³ Los samaritanos eran considerados paganos al mismo nivel que los gentiles.⁴ Estos últimos constituían el estrato más impuro de la humanidad. Los gentiles y todo accesorio relacionado con ellos eran considerados impuros. En el tratado *oholot* “tiendas” de la Misná se lee: “Las casas de los gentiles (incluso dentro de Israel) son impuras” (*oholot* 18:7).⁵

La centralización de la pureza

Para los judíos que vivieron antes de la tragedia del 70 d.C., el templo era el lugar de la presencia de Dios. Por lo tanto, ese recinto era el espacio más santo de la tierra. Aún más, el lugar santísimo constituía el *locus sanctus* por excelencia. La santidad se definía por círculos concéntricos territoriales.

...así como la tierra santa es la tierra de Dios respecto al mundo creado por Dios, Jerusalén es la ciudad de Dios... en relación con la tierra santa, y el monte del Templo es la montaña especial de Dios respecto de la ciudad de Jerusalén. Finalmente, la mole del santuario... en el área del Templo es el espacio de Dios en relación con el área del Templo en general.⁶

Puesto que el templo era el lugar más santo de la tierra, la pureza o impureza del resto de personas, animales o cosas terrenales se definía por su proximidad al templo.⁷ Por eso, “el [templo]... hacía santos a las personas y objetos que entraban en contacto con él”.⁸ En la Misná se puede ver un ejemplo claro de esta idea:

Mayor santidad tiene la zona dentro de los muros, porque en ella se pueden comer los sacrificios de santidad menor y el segundo diezmo. La montaña del Templo tiene todavía mayor santidad, ya que no pueden entrar en ella los hombres o mujeres que padecen flujo, ni las menstruantes ni las parturientas. La empalizada es todavía más santa, ya que no pueden entrar en ella los gentiles y los que se han contaminado con impureza de cadáver. El atrio de las mujeres es todavía más santo, ya que no puede entrar en él nadie que haya tomado baño de purificación en el mismo día... El atrio de Israel es todavía más santo, porque nadie puede entrar en él que le falte todavía la expiación y se hace uno sujeto por su causa a un sacrificio. El atrio de los sacerdotes es todavía más santo, ya que ningún israelita puede entrar en él a no ser cuando es necesario: para la imposición de las manos, para la inmolación y para la agitación ritual (*kelim* 1:8).⁹

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, pág. 445.

⁵ Del Valle, Carlos, ed., *La Misná*, 2a. ed., Biblioteca de Estudios Bíblicos 98, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1997, pág. 1227. Aun cuando la Misná quedó consignada en forma escrita en el siglo III por el Rabí Yehudá, no cabe duda que estos escritos contienen la tradición oral del judaísmo que estaba patente durante el siglo I. Testimonio de ello es la cita relacionada con el templo. La Misná conservó la tradición oral referente al templo aun cuando este ya no existía en el siglo III.

⁶ Malina, Bruce, *El mundo del Nuevo Testamento*, Navarra, Editorial Verbo Divino, 1995, pág. 204. Cp. De Vaux, Roland, *Instituciones del Antiguo Testamento*, trad. Alejandro Ros, 4a. ed., Biblioteca Herder, Sección de Sagrada Escritura 63, Barcelona, Editorial Herder, 1992, págs. 426-432.

⁷ Malina, *El mundo del Nuevo Testamento*, pág. 195.

⁸ Maier, J., *Il Giudaismo del secondo tempio*, págs. 28-30, 250, citado en Rodríguez Carmona, Antonio, *La religión judía: Historia y teología*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2001, pág. 412.

⁹ *La Misná*, págs. 1119-20.

Aquellos que oficiaban en el templo (sacerdotes y levitas) poseían un grado óptimo de pureza. Alcanzar este nivel de santidad solamente era posible para aquellos que nacían directamente en la tribu de Israel elegida para ministrar en el templo. Luego de ellos, estaban los israelitas “laicos”. Ellos tenían acceso al templo, pero no podían entrar en los lugares destinados para el sacerdocio, de modo que su pureza era un grado menor que la del sacerdocio. Los gentiles que aceptaban el rito de la circuncisión y guardaban las leyes de Moisés pasaban a la categoría de prosélitos. Su grado de pureza era menor que la de los israelitas “laicos”, pero no eran impuros. Finalmente, los gentiles formaban la vasta categoría de los impuros. Ellos se encontraban lejos del templo y, consecuentemente, no tenían acceso a la santidad.¹⁰

La pureza “desde abajo”

Aparte de las distinciones étnicas entre judíos y gentiles, la pureza ritual no se concebía como un don de Dios. Adquirir pureza o contaminarse con impureza era responsabilidad estricta de cada persona. Cada judío debía esforzarse por seguir una larga serie de normas que le conducirían a la pureza ritual. A la inversa, desobedecer consciente o inconscientemente una instrucción relacionada con la pureza equivalía a adquirir impureza.¹¹ En la Misná se puede leer un ejemplo al respecto:

R. Pinjas ben Yaír decía: el trabajo asiduo trae la inocencia, la inocencia la pureza, la pureza la abstinencia, la abstinencia la santidad, la santidad la modestia, la modestia el temor del pecado, el temor del pecado la piedad, la piedad el espíritu santo, el espíritu santo la resurrección de los muertos, la resurrección de los muertos vendrá con Elías, de bendita memoria. Amén” (*sotá* 9:15).¹²

En esta cita puede notarse que el “espíritu santo” no es el agente que concede pureza, sino que esta es producto del trabajo humano asiduo que trae la inocencia. Otro ejemplo de la pureza “desde abajo” en el judaísmo es el tratado *taharot* “purezas” de la Misná, que explica minuciosamente las leyes de la pureza y de la impureza de los alimentos y de los líquidos, la propagación de la impureza por su medio a otros alimentos y líquidos, a los hombres y a los objetos.¹³

Cornelio, Pedro y el Espíritu

En los primeros capítulos de Hechos se puede notar que el Espíritu fue prometido y descendió sobre israelitas “laicos” (2:1-4), judíos piadosos de la dispersión (2:5) de regiones tan lejanas de Jerusalén como Roma, Cirene, Ponto y Egipto (2:9-10, 22, 38) y judíos de habla griega (6:3). Más tarde, bajo el ministerio de Felipe, algunos samaritanos recibieron el Espíritu cuando Pedro y Juan les impusieron las manos (8:14-17). Luego, en los capítulos 10 y 11 se puede notar que también los gentiles tienen

¹⁰ Malina, *El mundo del Nuevo Testamento*, págs. 195-196.

¹¹ Al parecer, durante el primer siglo de la era cristiana, aparecieron dos judíos que propusieron una visión no física de lo puro y lo impuro. “Hanina Ben Dosa, quizá un poco más joven que Jesús, ha pasado a la historia sobre todo por un gesto peculiar: atravesó su pueblo teniendo en su mano el cadáver de una serpiente que lo había mordido. Decía: ‘No es la serpiente la que mata, sino el pecado’... [De manera similar,] Yohanán ben Zakkai, el hombre que dirigió los destinos de los judíos palestinos después de la catástrofe del 70 d.C. [propuso:] ‘Ni el cadáver contamina, ni las cenizas de la vaca roja purifican; es Dios quien ha ordenado hacer estas cosas’”. La información y citas de esta nota están tomadas de Sacchi, Paolo, *Historia del judaísmo en la época del Segundo Templo: Israel entre los siglos VI a.C. y I d.C.*, trad. Carlos Castillo Mattasoglio y Adela Sánchez Rojas, Madrid, Editorial Trota, 2004, pág. 502-03.

¹² *La Misná*, pág. 591.

¹³ *Ibid.*, págs. 1293-1322.

acceso al Espíritu. Sin embargo, es hasta el capítulo 10 de Hechos en donde se encuentra un relato extenso de la conversión de un gentil.

La “impureza” de Cornelio

Por varias razones, Cornelio no era el mejor candidato para acceder a la pureza según la mentalidad judía del entonces. Vivía en Cesarea, ciudad predominantemente gentil (10:1). Aunque había judíos en esa región, era mal vista porque allí tenía su asiento el gobierno romano, y en ella eran muchos los que practicaban costumbres paganas.¹⁴ El ministerio de Felipe termina súbitamente “hasta que llegó a Cesarea” (8:40, *LBLA*). Pablo pasó por Cesarea durante la etapa que transcurrió entre su conversión y el inicio de su misión (9:30). Hasta aquí no hay una descripción detallada acerca del testimonio del evangelio en Cesarea.

Cornelio tenía un cargo público desempeñado a favor del imperio romano. Como centurión estaba al mando del ejército y, probablemente, tenía que luchar contra los rebeldes judíos del entonces. Es posible que Cornelio tuvo que enfrentarse en batallas en donde derramó sangre. Con todo, Lucas ve a los centuriones con muy buenos ojos. Las dos veces que los menciona en su evangelio aparecen como hombres de fe (Lc. 7:1-10; 23:44-47).

Cornelio quizá no estaba circuncidado. Como parte del grupo de los “temerosos de Dios” simplemente simpatizaba con el judaísmo sin convertirse plenamente (10:2). Probablemente se sentía atraído por el monoteísmo del judaísmo, pero no estaba dispuesto a circuncidarse por la vergüenza social que tal acto acarrearía.¹⁵

Con todo, la visión que Lucas da de Cornelio es muy positiva: buen cabeza de familia, devoto, temeroso de Dios, realizaba obras a favor de Israel, oraba a Dios constantemente (10:2) y recibió una visión de Dios (10:3).¹⁶

La “pureza” de Pedro

Pedro aparentemente es un judío puro. Oraba a Dios (10:9) y jamás había comido algo impuro o inmundado.¹⁷ De manera que durante su vida había hecho todo lo que estaba a su alcance para mantenerse puro evitando cualquier alimento inmundado. Su rigidez religiosa le impidió comer aun cuando tenía mucha hambre (10:10). Suprimió sus apremiantes necesidades físicas tres veces (10:16) con tal de mantener la preciada pureza.

A pesar de estos elementos, no se debe pasar por alto que Pedro estaba hospedado en casa de Simón el curtidor (10:6). Este hecho probablemente muestra que Pedro tenía menos prejuicios contra los gentiles que otros judíos, dado que los curtidores trabajaban con animales muertos, lo cual les hacía a ellos y a sus casas ritualmente impuros.¹⁸

El Espíritu Santo

El personaje que hila las historias de Cornelio y Pedro es el Espíritu Santo. Fue él

¹⁴ González, Justo, *Hechos de los Apóstoles: Introducción y comentario*, Comentario Bíblico Iberoamericano, Buenos Aires, Ediciones Kairós, 2000, págs. 209.

¹⁵ Bruce, F. F., *Hechos de los Apóstoles: Introducción, comentario y notas*, Buenos Aires y Grand Rapids, Nueva Creación, 1998, pág. 241.

¹⁶ Hasta ahora, solamente Moisés (7:31), Esteban (7:54), Ananías (9:10) y Pablo (9:12) han recibido visión de Dios, según el relato de Hechos.

¹⁷ Aunque seguramente Pedro no pertenecía a la élite religiosa que se consideraba más pura por estar más próxima al templo (cp. 4:13).

¹⁸ Simons, Roberto, *Exploremos Hechos*, Facultad Latinoamericana de Estudios Teológicos, Miami, Editorial Unilit, 2003, págs. 112-13.

quien le dijo a Pedro que tenía que acompañar a los hombres enviados por Cornelio (10:19). La obra del Espíritu en la historia de Pedro y Cornelio revela su acción “santificadora”. El Espíritu “Santo” es de quien procede la santidad. En Hechos 10 se puede notar cómo la acción del Espíritu transforma el paradigma judío de la pureza y la impureza.

Pedro cambió su forma de pensar en cuanto a la noción de lo puro y lo impuro en relación con los gentiles. Sabía que la ley judía prohibía visitar o entrar en casa de un “extranjero” (10:28), pero el Espíritu le había mandado acompañar a los enviados de Cornelio (10:19-20). Pedro aprendió que no debía llamar impuro o inmundo a los gentiles (10:28). Después de escuchar el relato de Cornelio referente a su visión, Pedro cayó en la cuenta de que Dios no hace acepción de personas (10:34-35). Por fin pudo ver la pureza y la impureza con los ojos de Dios, en vez de contemplarla desde el aspecto del ritualismo judío. Pedro notó que no es necesario ser judío o prosélito para tener el favor de Dios. Se percató de que el Señor “ve con agrado en toda nación (¡no solo en Palestina!) los que le temen y actúan con justicia” (10:35). Su forma de concebir la pureza en términos de etnicidad se vio fuertemente trastocada.

La acción del Espíritu también revela que la pureza no está centralizada. Mientras Pedro estaba hablando del evangelio, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje (10:44). Seguramente la audiencia de Pedro estaba formada por gentiles romanos, incluyendo, por supuesto, a Cornelio y su familia. Cornelio no estaba en Jerusalén (cp. 2:1, 5). Al contrario, estaba bastante lejos del templo. Sin embargo, el Espíritu Santo irrumpió en ese hogar que los judíos veían como inmundo y lo llenó con su presencia santa. El cambio de paradigma en cuanto a la pureza y la impureza fue tal que los “defensores de la circuncisión” que habían llegado con Pedro quedaron asombrados¹⁹; el motivo de su asombro era que el Espíritu también había sido derramado sobre los gentiles (10:45). Probablemente Pedro no se vio tan sorprendido con este acto porque él ya había predicado que el don del Espíritu Santo también es para “los que están lejos” (2:39).²⁰

Finalmente, el Espíritu Santo muestra que la pureza viene “desde arriba”. No es el judío estricto quien se gana la pureza y la mantiene por medio de observar una complicada lista de leyes y rituales de purificación. En Hechos 10 es evidente que el Espíritu Santo “desciende” sobre gentiles sin pedirles de antemano la circuncisión o algún ritual de purificación (10:44). Es más, las leyes de pureza e impureza son cambiadas por un solo evento: el bautismo en agua (10:47-48). Para entrar a formar parte de la comunidad santa de Dios los gentiles solamente deben pasar por las aguas bautismales. Se nota, entonces, una estrecha relación entre el Espíritu Santo y el bautismo. Este último, como don de Dios, no es un esfuerzo humano para alcanzar la pureza. A diferencia de las leyes judías y los rituales de pureza de antaño, el bautismo es un don de Dios para judíos y gentiles que han aceptado el mensaje del evangelio.

¹⁹ El verbo (en griego) al principio de la oración quizá revela el énfasis de Lucas en el asombro de los de la circuncisión. Además, es útil observar que este verbo también aparece en Hechos 2:7 pero con una gran diferencia: los que se asombran en este versículo son los judíos incrédulos, en cambio, en 10:45 los que se asombran ¡son los judíos creyentes! (11:12). Lucas plasma una duplicación de lo acontecido en Pentecostés con una inversión literaria significativa (11:15).

²⁰ “Es evidente por la lectura del capítulo 10 de Los Hechos que Pedro pensaba en la dispersión de los judíos al hablar de ‘los que están lejos’, pero no se excluye la posibilidad de que, hablando por el Espíritu, dijera más de lo que entendía personalmente entonces”. Trenchard, Ernesto, *Los Hechos de los Apóstoles*, 7a. ed., Grand Rapids, Editorial Portavoz, 1989, pág. 114.

Conclusión

Este breve estudio ha procurado demostrar que es el Espíritu Santo quien hila el relato de Pedro y Cornelio en Hechos 10. Su acción en ambos personajes es decisiva para entender la pureza y la impureza desde los ojos de Dios, no más a través de la óptica del judaísmo tradicional. La acción del Espíritu en esta narrativa muestra que la pureza no es étnica ni está centralizada, y revela que la santidad es don de Dios no esfuerzo humano.

La iglesia cristiana, en general, tiene el riesgo de acoger una noción equivocada de la pureza y la impureza. Por lo tanto, concibe de manera errónea la santidad. Existe en la mente de muchos cristianos la idea de que el templo y los líderes poseen una santidad superior. Esto lleva a dos comportamientos no bíblicos. Primero, consideran que es necesario tener una buena conducta en el templo durante las reuniones dominicales, pero se saben con ciertas licencias durante el resto de la semana para cometer alguna injusticia en el trabajo o en su familia. Segundo, algunos líderes religiosos son vistos como más “puros” que otros cristianos. Se puede ver con tristeza cómo algunos creyentes asisten a conciertos cristianos multitudinarios en donde hacen todo lo posible por “tocar” siquiera el saco de su cantante favorito ungido. Ellos piensan que al tocarlos o estar cerca de ellos tendrán una “bendición” que de otra forma no podrían adquirir.²¹ Ante esto, la iglesia debe enfatizar la descentralización de la santidad hecha posible por la acción del Espíritu en cada creyente.

Otra idea que subyace en la mente de muchos hermanos de la iglesia es que la pureza está relacionada con la etnicidad. Aun cuando teóricamente aceptan que todos son uno en Cristo, algunas actitudes reflejan cierto desprecio a determinados grupos. Por ejemplo, es raro encontrar en los consejos de ancianos miembros pobres o indígenas. Generalmente este “ministerio” queda en manos de las personas que más ofrendan o que tienen habilidades administrativas probadas académicamente.

En el terreno internacional, vale la pena observar la iglesia latina en Estados Unidos.²² Resulta contradictorio que una nación que se dice cristiana está levantando un muro para mantener fuera de su territorio “puro” a los latinoamericanos inmigrantes. Parece que los inmigrantes son vistos como “impuros” que contaminan la tierra santa con delincuencia, haraganería, etc.²³ Pero más contradictorio aún resulta el hecho de que muchas iglesias estadounidenses (¡y latinoamericanas también!) que se precian de ser seguidoras de la sana doctrina se han quedado mudos ante esta situación. La Iglesia cristiana en cualquier región está llamada a cruzar fronteras²⁴ y a proclamar en el poder del Espíritu que la santidad es tanto para judíos como para gentiles, para ricos como para pobres, para nativos como para inmigrantes.

© 2006 Carlos Raúl Sosa Siliézar. El autor es guatemalteco. Licenciado en Teología por el Seminario Teológico Centroamericano (SETECA); candidato a la Maestría en Teología (M.Th. en Estudios Bíblicos) en SETECA. Pertenece a la Iglesia Luterana. comentarios@teologos.com.ar

²¹ Otros ejemplos de esto se pueden ver en Piedra, Arturo, “El rostro posmoderno del protestantismo latinoamericano”, en *¿Hacia dónde va el protestantismo? Herencia y perspectivas en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Kairós, 2003, págs. 55-57. Ver también el relato Simón mago (8:9-25).

²² Ver Martínez Guerra, Juan F., y Luis Scott, eds., *Iglesias peregrinas en busca de identidad: Cuadros del protestantismo latino en Estados Unidos*, Buenos Aires, Ediciones Kairós, 2004.

²³ Esta contradicción se agrava si consideramos que la gran mayoría de estadounidenses (menos los pocos (indígenas que habitan en “reservas”) son descendientes de inmigrantes.

²⁴ Tirimanna, Vimai, “La iglesia y el cruce de fronteras”, *Concilium* 280 (abril 1999), págs. 299-311.